

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

BIFURCACIÓN Y UNIFICACIÓN

14 de abril de 1943

Página del Maestro Petar Dunov:

"Está dicho en los Evangelios: "Un reino dividido contra sí mismo no puede resistir; una casa dividida contra sí misma no puede subsistir". (Mateo XII, 23; Marcos III, 24; Lucas XI, 17) Por lo tanto, puesto que ustedes lo saben, protéjense de toda bifurcación. Si se han involucrado en algún error, no se escindan en dos, no reflexionen en el "por qué están atascados", sino rectifiquen su error. Existen faltas que es preciso corregir ahora mismo. Esta rectificación no soporta ningún aplazamiento.

"Ahora, pues, tres cosas permanecen: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande de las tres es el amor" (1 Corintios XIII, 13). Quien tiene el amor es capaz de apartar todas las dificultades y los sufrimientos. Si tuvieran el amor en ustedes, podrían fácilmente adaptarse a la lluvia o al rayo. Si no pueden rectificarse, es que no tienen amor en su corazón. El amor sobreentiende luminosos pensamientos y nobles sentimientos. Si tienen en ustedes tales pensamientos y tales sentimientos, estarán contentos con todo lo que les será determinado. Si comen, estarán contentos del alimento; si duermen, estarán contentos de su sueño; y si actúan bien, todavía estarán contentos. En otros términos: cuando el hombre piensa, siente o emprende algo bueno, el sol de su alma debe brillar con el fin de estar cálido, luminoso como brilla el sol físico durante un claro día de mayo. En ese sol, el hombre debe ver la luz divina que aporta las condiciones de crecimiento y de desarrollo del alma humana. Los pensamientos luminosos son rayos del calor del Amor Divino. Sin los rayos de ese sol el hombre no puede pensar nada, sentir nada ni realizar nada."

* * *

Existe en esta página un pensamiento muy profundo, unido a la palabra de Jesús: "Toda casa dividida contra sí misma no puede subsistir". El Maestro Dunov dijo: "Por lo tanto, protéjense de bifurcar. Si se han hundido en un error, no se escindan en dos, no piensen en "por qué están atascados", sino rectifiquen su error". Este consejo contiene una ciencia profunda, una filosofía extraordinaria. Con frecuencia han escuchado la expresión: dividir para reinar. Hace siglos que los hombres comprendieron que introducir la división en alguna parte provoca la debilidad y pronto la caída, la perdición. Es un método que utilizan los espíritus del otro lado; cuando quieren someter a alguien, hacen de todo para escindirlo en dos, para crear en él una bifurcación. La división en una familia la llevará a peleas, luego a la dispersión, por lo tanto, a su pérdida. Igualmente, una sociedad cuando se divide en múltiples partidos. Del mismo modo que un hombre dividido en sí mismo se vuelve débil, tambaleante, una nación dividida se dirige hacia su pérdida. Algunos lo han comprendido bien y han basado su política, su poder en esta máxima: dividir para reinar. Observen lo que sucede alrededor de ustedes. Hay países que fomentan y mantienen la discordia entre dos o varias otras naciones. Los impulsan a luchar, les venden armas para que la guerra dure por más tiempo, con la secreta ambición de dominarlos pretendiendo socorrerlos y metiendo la mano en sus riquezas.

¡Dividir para reinar! Pero ¿dónde han aprendido ese método? Es la máxima de los espíritus de la logia negra. Toda su fuerza está ahí. La máxima de los espíritus de la Logia Blanca es todo lo contrario: unan, junten; realicen una unión sólida; una perfecta unidad hará que no sean dominados jamás. Los dos métodos provienen de las dos ideas de la muerte y de la vida. La muerte divide, desintegra, dispersa, debilita y la vida, en cambio, asocia, agrupa, fortifica, une y unifica. ¿Por qué la logia negra ha elegido la máxima: dividir para reinar? Porque persigue intereses personales. Es ella la que ha influenciado y sugestionado a todos los seres y a todas las naciones que la han adoptado. Los magos negros no hacen más que dividir a aquellos que quieren dominar, sobre aquellos que quieren ejercer un poder. Intentan remover de sus víctimas su cuerpo etérico, después su cuerpo astral; apartan alguna cosa de él, lo dividen para tenerlo a su merced. Este método inspirado por el otro lado es el del leñador que clava una cuña en el tronco del árbol que quiere dividir. Cada día pequeñas cuñas se clavan en nosotros, hachas que nos parten, somos divididos. Saben bien que "la unión hace la fuerza", pero no lo aplican cuando es necesario. Un pensamiento divide nuestro tronco en varios pedazos y ahí tienen que

consigue hacernos perder la fuerza y la luz, porque una división produce siempre una debilidad y una oscuridad.

He aquí por qué este consejo es tan útil: "Si se han involucrado en algún error, no se escindan en dos, no reflexionen en el "por qué están atascados", sino rectifiquen su error." Se preguntan por tanto cómo rectificar el error que están cometiendo. ¿Qué hacer si se ha introducido en nosotros un pensamiento discordante o divergente? Es preciso retirarlo, disiparlo, con el fin de que no provoque un vacío, una fisura por donde se infiltrarían la oscuridad, el frío, el mal. No hay que aceptar jamás una laguna, una fisura en el corazón, en la inteligencia ni en la voluntad. Les sucede de estar ahí, inactivos, sin saber qué comenzar. En un momento tal existe en ustedes un vacío por dónde corren peligro de que se introduzcan malos pensamientos. Es preciso no tolerar este estado de bifurcación en donde dos pensamientos divergentes o dos deseos contrarios se manifiesten al mismo tiempo. Para evitar el vacío y escapar a esta indeterminación es necesario crear la unidad. Eso se realiza si se conectan al sol, ya que haciéndolo piensan y reflexionan de otro modo, están calmos, no divididos, no bifurcados, establecen una unión con un centro, hacen una unidad, se unen a Dios. Unidad: eso quiere decir que todas las partes de la periferia se unen con el centro. Eso es cierto en todos los planos. Átomos, moléculas, órganos, miembros, individuos, todos ellos deben converger hacia un centro único. Todos deben unirse al centro y aferrarse a él para no dejar que entren fuerzas negativas que disloquen y destruyan. Puesto que nos hemos unido al centro y los espíritus no pueden invadirnos ni devastarnos, podemos meditar, reflexionar y contemplar cómo queremos.

Si olvidan o pasan por alto unirse al centro en sus pensamientos, sus sentimientos y sus acciones, favorecen el nacimiento de una vacilación, de una indeterminación y la formación de una bifurcación que, incluso si es breve, permitiría la entrada de una idea, de una inspiración o de una sugestión venidas del otro lado. Es por ello por lo que los Maestros les dicen: "No se queden inactivos. Los perezosos y los indolentes se mantienen en un estado impreciso, flácido, vago y flojo, el peor que exista". Hay mujeres que se repantigan así durante semanas sin ninguna determinación, sin adoptar ninguna dirección, sin ir hacia alguna cosa. No es sorprendente que el diablo, en ese caso, les dé trabajo. Si ustedes no se comprometen en un trabajo, el diablo se ocupará de encontrarles uno; ¡es seguro! Al impreciso, al vago, al indeterminado, es la muerte espiritual la que lo amenaza. Casi todos los seres se encuentran más o menos en este estado. Obsérvense. ¡Cuán a menudo están en la imprecisión, en la

indecisión, en la indeterminación! Ustedes aseguran disfrutar de una paz maravillosa. Sí, una paz similar a la que procura el opio. Están en las nubes y les gusta eso, pero de allí vienen todas las desgracias; obsesiones e ideas negras los persiguen porque a los espíritus del otro lado les encanta instalarse en aquellos que no trabajan. En tiempos de guerra, los propietarios ausentes invitan a sus amigos a ocupar sus casas, por temor a que el enemigo la requise. Saben muy bien cómo actuar en el plano físico, pero en lo que respecta al mundo interior, no saben tomar esta precaución.

He aquí que les aporto una luz. En todos sus locales vacíos instalen inquilinos. Hagan un llamado a los amigos del mundo invisible, al menos por un tiempo: "Tengo miedo a que requisen mis locales. Vengan a habitarlos, se los ruego". Más tarde ya no querrán dejar marcharse a esos amigos inteligentes, buenos y vigilantes. Los mantendrán para siempre. Yo veo en ustedes numerosos apartamentos desocupados y temo que se instalen malos locatarios. Esperemos que todavía no haya sucedido. En la vida de un buen discípulo, no hay vacilación. Instruido acerca del peligro, se esfuerza en evitar la indeterminación. Si a veces se sienten en esta situación rectifiquen de inmediato su error. Porque para haber llegado ahí es preciso haber cometido un error, ayer o anteayer. Eso no viene de la nada. Han descuidado alguna cosa, bebido, comido, absorbido esto o lo otro. Ahora están flotantes, indecisos. Es necesario salir de ese estado, unirse al centro, recrear la unidad alrededor de una actividad, tomar una dirección determinada. Entonces podrán tomar consciencia, clarificarse, decidirse. Sí, es preciso rectificar enseguida el error que fue la causa de todo. Reflexionen y verán que un estado tal de ensombrecimiento, de oscurecimiento, de indeterminación, o bien sentimientos negativos, rabia, celos, odio, siempre engendran errores y faltas. En tales estados son capaces de las iniciativas más horripilantes.

Las cosas que emprenden cuando están en la paz, la serenidad, la luz y el amor, jamás las lamentan. ¿Han visto a seres cometer errores cuando viven en la bondad y la claridad? Como contrapartida, en la cólera, la dureza, están ciegos y actúan con frecuencia muy mal. En momentos semejantes no deben actuar. Deben detenerse y esperar a que cese el estado negativo. De lo contrario no estarán inspirados por la luz y actuarán de forma nociva. No hay que esperar grandes y buenos resultados de decisiones tomadas cuando uno está en un mal estado. Los seres ignorantes son activos y emprendedores precisamente en el momento en el que deberían detenerse y esperar.

Esta verdad está unida al día y a la noche, al sol y a la luna. Caminen cuando está claro. Por la noche, es decir cuando carecen de luz en ustedes, deténganse; enciendan un fuego y esperen a que el sol se levante. Tantísimos hombres no hacen nada en el día y se ponen en marcha por la noche; van a los precipicios. Quiero decir que ellos se divierten o pierden su tiempo y sus fuerzas cuando están en buen estado, cuando deberían justamente leer, cantar, ayudar a los demás, estudiar y dar. Lo ejecutarían todo de forma maravillosa y benéfica. En la noche, por lo tanto, en la ira, en los celos, en el rencor, no hay que actuar. Es preciso dominarse, amarrarse o hacerse amarrar por un cercano con el fin de no poder ir a cometer una mala acción, ejecutar un proyecto destructivo o causar un escándalo irreparable.

Sigan el ejemplo de Ulises. Él debía pasar por un lugar en donde cantaban espléndidas e irresistibles sirenas, engalanadas con largos cabellos, con voces divinas. Nadie se les resistía. Para seguir las, todos los marinos se lanzaban al mar y sus cuerpos eran despedazados por la violencia de las aguas. Ulises lo sabía y decidió tomar precauciones. Tapó las orejas de sus camaradas, pero no las suyas. Luego se hizo atar fuertemente a uno de los mástiles del navío, exigiendo a sus marinos que apretaran todavía las ataduras en el momento en el que él, escuchando el canto de las sirenas, los amenazaría para que lo liberaran. El barco avanzaba en el mar. Cuando escuchó las voces de las sirenas, tan bellas, Ulises hizo de todo para liberarse, pero sus hombres, fieles a la consigna recibida, apretaron todavía más los cordajes que lo inmovilizaban. Es así como Ulises escapó a las sirenas. No hay que abandonarse a las sirenas. Es preciso escapar a todo estado de vacilación y de bifurcación deteniéndose, recogerse, meditar para pensar en el centro único de nuestra existencia y unirse a Él. En ese momento el camino se aclarará, se pondrán en marcha, comenzarán el trabajo. Pocos seres escapan a este estado de bifurcación. Esta cuestión va muy lejos. No estar bifurcado significa no tener dos pensamientos contrarios, dos ideales incompatibles, dos deseos o dos actividades que se contradicen. Estar bifurcado es servir a la vez a Dios y a Mammon. Es querer abstenerse y sin embargo beber, ayunar y sin embargo comer. Es tener una mujer que aman y también una amante. ¡Qué bifurcación! Algunos espías sirven a su país y al mismo tiempo al país enemigo para asegurarse de los dos lados un refugio según las circunstancias. En todos los oficios se ve a hombres servir a sus jefes y a sus competidores. Pero en la vida todo se encadena. La bifurcación es una dispersión, por tanto, un debilitamiento, una desintegración que conduce a la muerte. Una enfermedad es una bifurcación: dos órganos se han dividido

en vez de trabajar en la armonía. Una pelea es una bifurcación: dos seres discuten y disputan sin ponerse de acuerdo. Todas las desgracias en la naturaleza comienzan por una bifurcación.

¿Y la felicidad, la alegría, la salud, qué son? Una unificación. Cuando están contentos, ligeros, sonrientes, noten si todo está en acuerdo en ustedes, si todo está unificado, si nada se mantiene apartado. Estómago, pulmones, hígado, bazo, orejas, ¿están todos bien acordados? Si están al mismo tiempo contentos por algo y atormentados por retortijones de estómago o un dolor de muelas, ustedes sienten una bifurcación. Si están alegres pero su plexo solar crispado, hay en alguna parte una disonancia; alguna cosa no funciona en armonía con el todo. La bifurcación es la base de todos los males y de todos los sufrimientos humanos. La unidad es la base de toda fuerza, el fundamento de todo poder.

El discípulo debe primeramente evitar e impedir las bifurcaciones corrigiendo los errores. Es ese el trabajo digno del discípulo. Que se ocupe durante años de conciliar, de reconciliarlo todo en el interior de sí mismo. Los conquistadores comenzaban siempre por reconciliar entre ellas a las diversas tribus de sus reinos, con el fin de unirlas en un haz poderoso. En el pasado, Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Rusia estaban compuestas por múltiples provincias divididas y rivales, un montón de pequeñas naciones que se peleaban entre ellas y que se destruían. Hizo falta que venga un hombre para dominarlas y reunir las con el fin de que formen juntas un reino. Es lo que debe hacer el discípulo. Debe contabilizar, debe censar en sí mismo a las tribus rivales que destruyen e incendian todo el país. Cuando en él el Ego, la consciencia superior hable, ella dictará para todos los habitantes las leyes del amor, de la justicia, de la pureza, de la obediencia a la voluntad de Dios. ¡Las mismas leyes para todos en todo el reino! Ya no habrá saqueadores salvajes que devasten el territorio. ¡Ah! Vale la pena consagrar toda su vida a esta unificación, sufrir, trabajar, con el propósito de reunir las tribus de nuestro mundo interior, que tienen tantos hábitos y gustos diferentes, con el fin de crear una nación, un reino, una familia, con una cabeza que gobierne el conjunto. Es una realización no exterior sino interior. Por cierto, ¡este reino a conquistar es tan vasto! La primera tarea de un rey es pacificar su propio pueblo. En el pasado, Clovis lo hizo en Francia, y Asparukh en Bulgaria.

Queridos hermanos y hermanas, la bifurcación es el enemigo más grande de nuestra felicidad. Si queremos crear condiciones favorables para nuestros países y para la humanidad, todos nosotros debemos volvernos

servidores del amor y de la sabiduría. Al renunciar a tirar cada uno de su parte, a sostener opiniones puramente personales, podemos llegar a representar una unidad poderosa y útil. Primero que todo instalemos la unidad en nosotros mismos, después en nuestra familia y en la sociedad. Si somos capaces es gracias a un amor que sobreentiende nobles sentimientos y luminosos pensamientos. Son ellos los que unifican. Reconocemos que la unificación se realiza por el contento que sentimos, que aumenta y se afirma. Cada vez más están contentos de todas las cosas: alimento, vestido, tiempo, sol, Enseñanza, relaciones, etcétera. El descontento les advierte que sucede alguna cosa anormal. Es solo un pequeño dolor todavía, pero va a condensarse y volverse un gran dolor. El dolor no es más que un descontento muy grande, que comienza como una simple ausencia de alegría, de satisfacción, revelando que alguna cosa no estaba en regla. No han puesto atención, ha degenerado en dolor y si no reparan el desorden que el dolor provoca, es la muerte la que vendrá a continuación. El descontento está unido al sufrimiento, a la enfermedad, a la destrucción, a la muerte. Existen tres grados: descontento, dolor, muerte.

En el orden y la armonía, también existen tres grados:

- 1) El contento que al aumentar se transforma y se vuelve:
- 2) La felicidad, con sus múltiples matices que, al condensarse, se transforma en:
- 3) La resurrección, es decir la felicidad, el nirvana, la vida eterna.

Es cierto: si ustedes se sienten contentos, es que se acercan a una armonía, es que se alejan de una bifurcación, y si persisten en el camino adoptado conocerán la alegría, la felicidad, luego la beatitud y la vida eterna. ¿Cómo introducir en sí mismo el orden y la armonía? Es preciso dirigir todo su amor hacia un centro único, el Señor, rechazando y repeliendo toda impureza y dándole la espalda a todos los diablos. Hay que amar la unidad, hacerla su ideal. Alcanzarán la meta en diez años o bien a expensas de varias encarnaciones quizás; porque albergamos en nosotros numerosas tribus cabezotas con las cuales la guerra puede ser larga. Las tribus que habitan el hígado son las más tenaces. Las del corazón son las más sensibles. En el cuerpo son ellas las que realizan la unificación diciendo a todos los órganos y a todas las células a las que ellas proveen de sangre: "Únanse. Hagan como nosotras. Nosotras somos el centro de la unión". Las tribus alojadas en los pies no comprenden nada de ese discurso. Es lo que singulariza a la periferia estar separada del centro.

La verdadera unificación proviene de las células del corazón. Las extremidades, pies, manos, cerebro, dividen. El corazón no sabe más que una cosa: unificar. La sangre entrega por todas partes su mensaje, detecta y anuncia una enfermedad, aporta armas y medicamentos. Moviéndose por todos los rincones del reino, observa todo lo que sucede e informa al corazón, el centro. Los pies, las manos y el cerebro no son partidarios de la unidad. Quieren dominar y reinar. El cerebro se ha puesto a dominar; se opone al corazón y pretende saber más que él sobre todas las cosas. Dice al corazón: "¿Tú quieres unificar? Pero es necesario en primer lugar analizar, disecar, dividir". El cerebro analiza, disocia, corta en pedazos. No está de acuerdo con el corazón. La intelectualidad desarrollada exageradamente conduce a la humanidad hacia la división, la disociación, la bifurcación. Los Iniciados, cuando aportaron su Enseñanza, sabían que la abundancia de conocimientos empuja al cerebro a dividir, a oponer las cosas y las personas. Los primeros cristianos presentían que el cerebro, si trabaja en desacuerdo con el corazón, puede conducir a la división, y a causa de este temor condenaban la filosofía. Sin embargo, solo tenían la mitad de la razón. Es cierto que por una intelectualización demasiado importante el hombre corre el riesgo de disociación, de dislocación. Allí en dónde no está unido al corazón, el cerebro puede llevar a la división. En una sociedad unida, el corazón habla y dice: "Ámense, ayúdense", y todos escuchan este consejo, se aman y se apoyan. Si existen varios cerebros a la cabeza, las opiniones disienten, la unanimidad es imposible, es la indecisión la que reina.

¿Entonces qué debemos hacer? Desarrollar el cerebro dándole su alimento, permitirle su trabajo científico y filosófico, pero mantener sus uniones con el corazón, y seguir la dirección única que éste inspira. De esta forma la inteligencia trabajará magníficamente y ninguna división se producirá. Todas las capacidades y todos los conocimientos del cerebro servirán para la rectificación y la unificación de las cosas. Hasta ahora el cerebro ha trabajado contra el corazón, ha dividido. Era el estadio de la quinta raza. En el futuro trabajará de otro modo. Él aceptará las leyes del corazón, esas leyes que acercan y unen a los hombres. El cerebro reconocerá que el corazón es el centro del organismo y se someterá a esta ley del amor. A partir de entonces las manos y los pies trabajarán en unirse, a reforzar y realizar la unidad. El amor y la sabiduría trabajan juntos para realizar y cristalizar el Reino de Dios en la tierra. El amor y la sabiduría no se han unido todavía para engendrar la verdad. El símbolo y la prueba son que el hombre y la mujer no forman una unidad. El hombre y la mujer

direcciones forman, para juntarse, un ángulo recto, es decir una cuadratura. Pero en el plano astral se producen los mayores choques, las desarmonías más fuertes, es el dominio de las luchas sentimentales, de los celos, de la ira, del odio, de la violencia, de la posesividad.

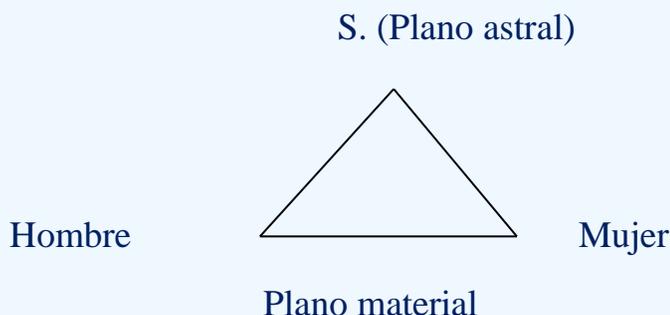


Figura 2

Cuando el vértice del ángulo formado por las aspiraciones comunes de dos seres que se aman se encuentra más arriba, en el plano mental, en tal caso caminan hacia ese objetivo, hacia ese ideal, en dos líneas que forman un ángulo agudo. Sus discusiones y sus desavenencias se mantendrán sin gravedad y conseguirán congeniar, comprenderse, comunicarse, progresar por mucho tiempo juntos. Cuando las luchas ocurren muy cerca son duras. Cuando se sitúan fuera del terreno de las pasiones, son más distantes. El ideal superior se mantiene y con ello las posibilidades de comprensión y de unificación.

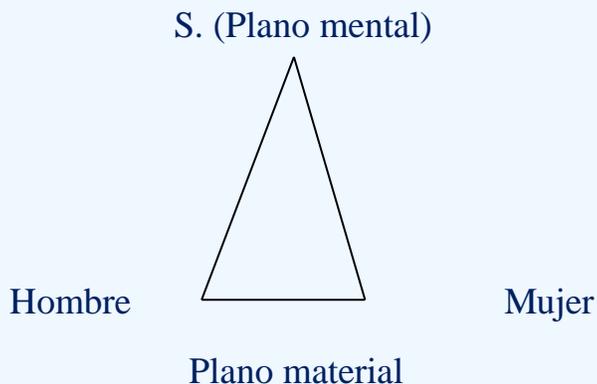


Figura 3

Existe un ángulo cuyo vértice se sitúa tan arriba, en el infinito, que las líneas que siguen los dos seres son paralelas. Ellos se unirán en la eternidad. Su armonía será perfecta. Avanzarán sin chocarse jamás. Su ideal no está ni en su cuerpo físico, ni en una simpatía o una antipatía, ni siquiera en la comprensión más o menos justa, sino que está en Dios, está en la eternidad. No se buscan mutuamente, sino que marchan en compañía hacia una meta única que es Dios. Siempre están en pleno acuerdo, en comunión total. Es eso el verdadero matrimonio. Los cónyuges caminan paralelamente en la vida. No se comen ni se pelean, no, se sostienen y se ayudan mutuamente. Viven en armonía perfecta. Su punto de unificación está en un ideal muy elevado, el más alto, el ideal divino. Ellos se encuentran en alguna parte en el infinito, en la eternidad.

Cuando veo, incluso en el seno de la Fraternidad, a seres que se creen evolucionados y que tienen entre ellos desacuerdos, en los planos físico, astral o mental, querría decirles: "Eso se debe a que no han situado lo bastante alto su ideal: el punto de su encuentro no está en el mundo sublime y absoluto de Dios. Se detienen todavía en objetivos puramente personales. Empiecen a perseguir juntos un ideal superior. Trabajar para que venga el Reino de Dios hace desaparecer todos los malentendidos y todas las disensiones". Siempre habrá desarmonías, sépanlo, entre dos seres que ubican su punto de convergencia en las sensaciones, los sentimientos, las emociones o las ideas. No se ocupen de la forma, de las particularidades, del perfume del cuerpo de su cónyuge. No se atormenten a causa de sus sentimientos y sobre todo no sean celosos. Tampoco se inquieten por su forma de pensar. ¿Actitud difícil? Sí, necesita que dos seres quieran unirse con un ideal sublime situado en el Señor. Trabajar para Dios les hace escapar de todas las causas de diferencias. Es eso lo que hace que los esposos sean libres. Más tarde numerosas parejas estarán unidas así en el ideal divino.

Es necesario que los hombres y las mujeres se unan para trabajar. Eso precisa un alto grado de evolución, pero ya ha sido realizado en el transcurso de los siglos. Se han formado grupos con este objetivo: servir a Dios. San Pablo y los apóstoles lo hicieron en el primer siglo, y algunas veces fueron criticados. Verán en el futuro a las parejas unirse no para vivir de a dos, en pareja, como se hace hoy en día, sino que para caminar en pareja por líneas paralelas elevándose hacia lo divino. Esta unificación es la belleza misma. Comprender la unidad y realizar en sí mismo la unificación del hombre y de la mujer los pone a salvo de los ataques de la logia negra. Eso actúa como un aura protectora invisible. A continuación, la unidad de

los seres entre ellos crea un poder. Todos nosotros debemos trabajar para conquistar la unidad, en cada uno de nuestros seres, en las parejas, en la Fraternidad, con el propósito de que pueda nacer la de la humanidad.

* * *

